

# El botijo bendito

Enrique Girona

---

Iba una calurosa tarde de verano, Alfredo, con su botijo a cuestas camino arriba y abajo, y en la fuente de la vieja ermita los ojos posados.

Rezó dos Padrenuestros antes de llenar el recipiente con el fresco hilo que salía de aquella fuente. Empapado el guijarro, volvió a recitar sus oraciones con los ojos cerrados. Estaba muy sediento, así agachó el lomo y dio dos sorbos o más del puro chorro que surgía del cemento.

— “Ah, qué fresca y buena. ¡Será perfecta para la cena!” — declaraba en complacencia mientras volvía a subir la empinada costera.

Llegó arriba, y exhausto y sudoroso de tanta subida, decidió beber del botijo un poco. ¡Menuda sorpresa! Pues dentro agua ya no había, sino un líquido más denso y rojizo. Se manchó los morros con delicadeza y se dio cuenta de que aquello agua no era, ¡sino vino!

— “¡Mare de Déu! ¿Qué maravilla es esta? ¡La fuente de la ermita me ha dado agua bendita!” — exclamaba con tono de fiesta.

Tan eufórico por su descubrimiento, Alfredo recorrió todo el pueblo. Tocando de casa en casa, rápido como el viento, a todos el milagro le contaba.

— “¡Saqué agua y bebí vino!”

Por las calles empedradas iba gritando, y de narices se dio con Marcelino, un íntimo compañero.

— “¡Marce, mira lo que tengo!”

— “Alfredo, ¿de ponerse ciego, qué te tengo dicho?” — le dice su amigo preocupado.

— “No es mío, es un regalo del cielo. ¡No es nada malo!”

— “Parece más una obra del Maligno. ¡No te lo bebas de un trago!”

Y Alfredo continuó su camino, por las calles predicando, y bebiendo, hasta el fondo del botijo haber vaciado. Salió de una terraza su mujer, Tomasa, que ya harta de esperarlo se había ido a la cama.

— “¿Qué pasa, Alfredo? ¡Me empiezas a dar miedo!”

— “Amor mío, ¡mira lo que ha pasado! ¡A la ermita a por agua he bajado y los ángeles otra cosa me han ofrecido!”

— “¡Otra vez borracho, Alfredo! ¡Esta noche duermes en el postigo!”

# El botijo bendito

Enrique Girona

---

Así fue dicho, y esa noche Alfredo durmió en el suelo, al botijo abrazado, y empezó a imaginarse un sueño. Se veía en un día de mucho calor, y estaba que se derretía. Deseaba llenar su panza en la ermita, pero por Jaime estaba ocupada, un conocido viticultor.

— “¡Déjame a mí, quita! ¡Que sed tengo tanta que bebería un pozo entero!”

— “¡Buenos días, Alfredo! ¿Sabes qué? Hoy me siento con mucho dolor...”

— “¿Qué te ha pasado, compañero?”

— “Pues que alguien no muy bueno, ayer por la tarde, en este mismo rincón del pueblo, ¡mi botijo me ha robado!”

— “¡Qué me dices!”

— “¡Lo que te cuento! ¿Sabes quién pudo ser el desalmado?”

De repente, de la pesadilla Alfredo se había levantado. El sudor de su frente por los mofletes se escurría y, de haberse afeitado, una cascada brillante habría caído de su barbilla.

— “¡Qué desastre el que he ocasionado! ¡Esto me pasa por tanto rezo!”

— “¡Qué razón tiene, caballero! ¿No bebió demasiado?”

Los vecinos desvelados del suelo levantaron a Alfredo. Jaime, a su lado, le devuelve el botijo de agua lleno. Luego se queda esperando a que le devuelvan el suyo con vino.

— “¡Yo nada retornarte puedo! ¡Espera a ver si lo vomito!”